

MARCIAL MORERA, *La formación del vocabulario canario*. La Laguna, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1993; 272 pp.

Integran este volumen doce estudios relacionados directamente todos ellos —salvo uno, de geografía mucho más amplia— con las hablas canarias. En el primero de ellos, dedicado a “El mestizaje del vocabulario regional canario” (pp. 11-35), se hace una apasionada defensa de la propiedad y validez de algunos términos usados en las Canarias y que constituyen “no un vocabulario deficiente o lingüísticamente espurio”, sino “féreos sistemas semánticos” (p. 33) resultantes de la combinación de voces puramente españolas con préstamos léxicos de lenguas de otros pueblos muy diversos: guanche especialmente, portugués, andaluz, árabe, americano, etc.

En el segundo de esos ensayos —“Sobre el supuesto criollismo del español canario” (pp. 37-60)— se demuestra algo que está fuera de toda duda: que las hablas canarias son modalidades legítimas de la lengua española, como cualquiera de los demás dialectos que integran nuestra lengua, tanto en España como en América, pero no, de ninguna manera, un habla criolla del español, como el papiamento o el chabacano, por ejemplo.

En el capítulo siguiente se estudia con detenimiento el rico “Componente marinero de las hablas canarias” (pp. 61-90), de que se hace una enumeración —tanto de palabras como de expresiones— suficientemente probatoria del alto grado de penetración de la cultura marinera en la de las Islas Afortunadas.

La influencia de las hablas marineras halla su contraparte en el estudio siguiente, dedicado a las “Influencias campesinas en el vocabulario canario” (pp. 91-125), en el que se reúne un buen número de voces rurales, la mayor parte de las cuales parecen ser de estirpe canaria, aunque no faltan entre ellas algunos términos de amplio uso en la Península. Marinerismos y ruralismos reflejan en cierta medida la peculiar manera de ver el mundo por parte de la sociedad isleña.

Los dos capítulos siguientes se dedican a analizar algunos portuquerismos del español canario y, particularmente, de la isla de Fuerteventura (pp. 127-159 y 161-183 respectivamente), sin limitarse a consignar su empleo en determinadas hablas canarias y su origen portugués, sino procurando revelar facetas más peculiares de su adopción, de su empleo, de su adaptación, etc.

Muy interesante y preciso es el capítulo 7, dedicado a "La tradición del camello en Canarias" (pp. 185-217), a través del cual se establecen —tras de unas páginas de carácter histórico-cultural sobre los camellos y su presencia en las Canarias— las particularidades del vocabulario con ellos relacionado: su anatomía, los nombres de los colores del animal —campo léxico en que el autor es gran autoridad, extendida a otros diversos animales—, los nombres de las diferentes edades, de las enfermedades que padece, de sus arneses, etc., para llegar a la conclusión de que todo ese léxico es fundamentalmente hispánico —aunque puedan advertirse algunos cambios formales o semánticos—, salvo en el caso del campo correspondiente a los arreos, en el que abundan intensamente los lusitanismos. Los arabismos y americanismos son limitadísimos: *zálamo* y *majalulo* entre los primeros, y *macana* como único representante de los segundos.

El último ensayo extenso es el que se dedica a estudiar los "Diminutivos, apodos, hipocorísticos, nombres de parentesco y nombres de edad en el sistema de tratamientos populares de Fuerteventura" (pp. 219-244), hecho con esmero y rigor, aunque no pretenda ser exhaustivo.

Los restantes capítulos son más breves y de alcance más restringido. En uno de ellos se analiza el uso del verbo *quitar* en el habla de La Palma —con muy diversos significados: sacar, obtener, calcular, confeccionar, etc.—; en otro el proceso de "institucionalización" de *ca* (<casa) como preposición tanto en español canario como en español general y aun en otras lenguas románicas; en otro se vuelve a hacer una defensa de la legitimidad de las innovaciones léxicas canarias; y en el último se consignan algunas "exiguas huellas lingüísticas canarias en el portugués de Madeira".

Es de toda justicia reconocer —y elogiar— la firme dedicación de Marcial Morera al estudio de su propia modalidad lingüística canaria. Los trabajos aquí reunidos revelan un limpio amor a la tierra y a las hablas canarias, una entrega generosa e inteligente a su realidad lingüística, un cultivo apasionado de la vieja y noble dialectología, a la vez que son prueba de muchas horas y muchos días de trabajo de campo constante y esforzado. Virtudes no excesivamente comunes ni frecuentes en la lingüística de nuestros días.

JUAN M. LOPE BLANCH